¿QUÉ DICE MENDÈS?
por Octave Mirbeau

¿Han conocido ustedes a Hilaire Graffin?... Después de todo es posible que lo hayan conocido pues hay personas muy sabias que conocen al Sr. François de Nion. Hilaire Graffin era un buen muchacho, venido de su provincia como tantos otros, para conquistar la gloria en París. Lamentablemente, como tantos otros también, no conquistó más que miseria, y tras quince años de una vida penosa y de sueños constantemente frustrados, regresó a su casa aligerado del poco dinero que tenía. Yo lo vi merodeando por los bulevares con el rostro flaco y el traje ajado, insinuándose entre las mesas de los cafés, donde cada tarde, hacia las seis y media, se pavonean, profetizan y beben absenta, algunos diversos héroes de la literatura y del periodismo. Siendo silencioso, siempre paciente, había llegado a conocer e incluso a tutear a la mayoría de los ilustres parisinos, sin que ninguno de ellos supiese exactamente lo que él era o lo que hacía en la vida. Incluso por esa forma de ser se había granjeado en poco tiempo una especie de notoriedad que no iba más allá, al este, del bulevar Montmartre, y al oeste, del bulevar de los Capuchinos, y que hacía de Hilaire Graffin, esa especie de ser insulso que se denominaba por aquel entonces un bulevardiano... ¡Todo esto ya es viejo! ...¡Desde luego que es viejo!... Y henos aquí, de repente, transportados a las prehistóricas épocas del hombre de las tabernas. A base de verlo todos los días, a una hora fija, y también en los estrenos importantes dónde se colaba no se sabe como, se había acabado por aceptarlo como a un camarada y se le preguntaba:

–¡Dinos!... ¡Y tú!... ¿Qué es lo que haces este año?

¡Este año!... ¡Qué ironía!

E Hilaire respondía seriamente:

–Yo, querido amigo... trabajo en mi pieza...

–¿Y de que va tu pieza?

–Se trata de una obra en cinco actos... una pieza...

–¿Moderna?

– Tu hablas... de una pieza... en el género de... de...

Y acababa describiéndola en un gesto.

Algunas veces, no teniendo nada más que decir, se insistía sobre la naturaleza de la pieza:

–¿Drama?... ¿Comedia?... ¿Qué?

–¡Ambas!– afirmaba perentoriamente Hilaire Graffin.

–¿Y el título?

–Pues bien, querido... el título todavía no lo tengo... Ya me apresuro... Ya entiendes, quisiera un título... en el género de... de... en fin, un título... bueno... ya ves, ¿eh?

Y del mismo modo que había explicado su pieza, explicaba el título de su pieza, en un gesto más extenso, ampliamente heroico...

Todos los años, por la misma época, un camarada escribía en los Ecos de teatro de su periódico: «El Movimiento dramático del año» Y todos los años anunciaba que Hilaire Graffin, el autor bien conocido, estaba dando los últimos retoques a una gran pieza en cinco actos, destinada a un teatro del bulevar, y cuyo título todavía no era definitivo... fue todo lo que se veía, fue todo lo que, durante quince años, se vio de la gran pieza de Hilaire Graffin...

Luego, una buena mañana o una sucia tarde, partió silenciosamente como hubo llegado, dejando tras él, con su pieza y su título, algunas pobres deudas que permanecieron sin pagar... Sin embargo, uno de nuestros camaradas, en relación con la

desaparición de Hilaire, escribió en un periódico una crónica vengadora: el «Ogro» que devora los sueños en Paris y mata las energías... Y no se volvió a hablar más del pobre diablo...

El otro día me lo encontré en Rudeville.

Como ustedes saben, Rudeville es un lugar muy frecuentado por los turistas. Uno pasa por Rudeville pero no queda allí, al menos no queda más que el tiempo necesario para almorzar. Cada tren lleva a Rudeville cantidades de viajeros que se dispersan enseguida en distintas direcciones...

Yo me había apeado del tren, y sobre la plaza de la estación, frente a un café, discutía con un cochero el precio de un coche que debía llevarme esa misma tarde a Rocfille. De pronto me sentí tomado, enlazado, abrazado, por un hombre gordo que me dijo:

–¿Cómo? ...¿eres tú? ¡vaya casualidad!

Creía al principio que el hombre gordo se equivocaba... y debatiéndome bajo sus abrazos, le indiqué que me dejase tranquilo...

–¿Cómo? –dijo –¿No me reconoces?... Hilaire Graffin... ¡el viejo Hilaire Graffin!...

Y en efecto, bajo el hinchazón de su vientre, bajo las abotargadas grasas de su rostro, de inmediato reconocí al pobre flaco y pálido muchacho de antaño.

–¿Me encuentras cambiado, verdad?... –dijo.

–¡Un poco! Has engordado.

–¡Ah! Ya sabes... esto no es París... la vida de trabajo... febril de París...¡Ah! que contento estoy de verte. Pero dime... ¿qué dice Mendès?... ¿qué piensa Heredia?... Y Zola, ¿qué hace?... ¡Caramba!... ¡esto me produce un gran placer después de tanto tiempo!...

Me miraba con la cara completamente iluminada por una sonrisa.

–Cuánto tiempo ha pasado...–repetía – cuántas cosas hemos hecho, ¿eh?, en París... Cuántos altibajos... ¿y ese viejo Mendès?... ¿qué dice?... ¿Y ese bravo Heredia?... ¿te acuerdas?

Yo no me acordaba del todo, pero para no decepcionar a ese añorante hombretón, respondía a cada una de sus preguntas:

–¡Sí!... ¡Sí!...

Y lo interrogaba a mi vez.

–¿Y tú?... ¿Qué haces aquí?...

–Yo vivo aquí, amigo mío... ¡es mi país!, ¡sí!... Ya tenía suficiente de París... ¡Aspiraba a la tranquilidad, al reposo!... Y además siempre me ha gustado el campo, ¿te acuerdas?...

–Entonces, ¿eres feliz?...

–¡Feliz!... ¡Feliz!... Dios mío... He heredado algunas pequeñas rentas de una tía... En fin, vivo...

–¿Y eso es todo lo que haces?

–¡Ah, no!... trabajo en mi pieza... ¿recuerdas?

Hice esfuerzos para acordarme debido a tanta insistencia en el ¿recuerdas?, pero mi memoria estaba difusa... Le pregunté:

–¿Qué pieza?

–¿Cómo qué pieza?... Pues mi pieza... mi gran pieza en cinco actos... Venga, hombre, ¡acuérdate!

Yo me disculpaba por no recordar esa gran pieza.

–¡El viaje!... el aturdimiento del reencuentro... un pozo en blanco... Dime solamente el título de tu pieza...

–Pues... el título todavía no lo tengo... tengo la pieza, pero el título no lo tengo... Me apresuro... Ya entiendes, quisiera un título...

Luego, bruscamente, cambiando de tema...

–El campo, fíjate, ¡no hay nada como el campo! Es ahí únicamente donde se trabaja bien!... ¡Ah! estoy tan contento de verte... ¡esto me rejuvenece diez años!... ¿Te quedas aquí algunos días?

Yo le explicaba que iba en dirección a Rocfille...

–No, por desgracia debo partir enseguida.

Una nube de tristeza pasó por su fisonomía... Y suspiró.

–¡Ah! es una pena... Habríamos podido charlar como antaño... ¿recuerdas?... pero si regresas por aquí...

–Desde luego... desde luego.

–Arréglatelas para quedarte...

–Sí... Sí...

–Y si ves a Mendès... a Heredia... a los amigos...

–Sí... sí...

Me apenó mucho dejarlo... Él se aferraba a mi traje, a mis recuerdos, a todo lo que había en mí de París... Finalmente, habiendo acordado el precio con el cochero, partí...

A algunos kilómetros de Rudeville, como el cochero había puesto sus caballos a paso lento para subir una cuesta, me dijo volviéndose hacia mí:

–Entonces, señor, ¿conoce usted al Sr. Hilaire Graffin?

–¡Si!...

–Es un buen hombre... pero está un poco tocado...Se divierten un poco con él en la comarca... Imagínese usted que, desde la mañana hasta la noche, está en ese pequeño café enfrente a la vía del ferrocarril.. Y cuando, entre los viajeros, reconoce a alguien de París, se precipita hacia él, se cuelga de él... y todo el tiempo le pregunta: «¿Qué dice Mendès?... ¿Qué piensa Heredia?...» Hasta el punto de que nadie le llama aquí Hilaire Graffin... se le llama: «¿Qué dice Mendès?...» Pero aún así es un buen hombre... Y parece que hace mucho tiempo, en París se codeaba con actrices y otras criaturas...

–En suma, ¿a qué se dedica?

–Es corredor de seguros, o eso dice. Pero crea que no es en el pequeño café de la estación...donde encuentra negocios... Dice también que escribe para los teatros... Pero nadie lo cree... Es un buen hombre. Pero no está muy lúcido...

La cuesta se había remontado. El cochero recogía sus guías, los caballos retomaron el galope... y el viaje acabó silenciosamente.

¡Pobre Hilaire Graffin!...

Le Journal, 26 de agosto de 1900.

Traducción de José M. Ramos González
para http://www.iesxunqueira1.com/mendes